

*Nobleza de la tipografía**

Manuel Gómez Morín

Presentamos en *Istor* una transcripción de *Nobleza de la tipografía*, texto de Manuel Gómez Morín aparecido en una edición no venal, destinada a sus amigos cercanos, y de tiraje corto y numerado: 99 ejemplares firmados. El que aquí se reproduce, en compañía de una versión facsimilar, es el que lleva el folio 49, con una dedicatoria sucinta y afectuosa a Adolfo Castañón, coeditor de esta edición de *Istor* animada por el libro y sus historias. Pensamos que el rescate es necesario y, porqué no, urgente: en un mundo en el que la edición se ha sumado al vértigo de la inhumana producción en masa, es pertinente volver la mirada hacia atrás y traer al presente el espíritu que insufla a nuestro oficio: la camaradería y la solidaridad familiar, más allá de los apellidos, vivida tanto en los talleres de impresión como en las mesas editoriales en donde se arman y se sacan a la luz publicaciones como la que el lector tiene, hoy, entre sus manos. (DM)

Pocos trabajos tienen mayor ni más atractiva nobleza que el de la tipografía. En él concurren, borrando y superando sus aspectos mecánicos –bien interesantes por cierto–, el sentido artístico que va de la selección del tipo a la formulación de la página del periódico, del cartel, del libro, y además, el interés intelectual del pensamiento que difícilmente se hace expresar por la palabra y que exige esta acertada conjunción de tipo adecuado, de capitulares, de altas

* O como puede leerse en la tercera de forros de la publicación: *Nobleza de la tipografía*, en edición no venal para los amigos y amigas del Centro Cultural Manuel Gómez Morín y de Verdehalago, se terminó de imprimir y encuadernar el día 25 de agosto del año 2000. La edición consta de 99 ejemplares numerados.

y bajas, de blancas y negritas, de espacios cuidados, de bella composición, en suma, para acercarse un poco más a su objetivo.

Ni ha faltado quien, desesperado por el choque contra las dificultades de la expresión, haya pensado seriamente en superarlas o hacerlas menores con el uso de formas de composición adecuadas. La tipografía, por esa puerta, entraría de lleno, ya no como auxiliar, al mundo de las artes substantivas. Y ¿por qué no?

Páginas grises, pálidas, informes, con la densidad diluida de un pensamiento sin simas y sin cumbres. Altas capitulares, guardianes de una prosa noble y levantada. Párrafos cortados, jadeantes, de un pensamiento atormentado. Ancho y fácil tipo redondo, generoso, de los libros de primeras letras. Tipo menudo del comentario sabroso, interrumpido por las negritas que acentúen la maliciosa intención. Amplias interlíneas que obliguen a buscar lo no escrito del pensamiento que expresan. El grito, en rojo, de la imprecación o del apóstrofe. Cabezas incitantes a la lectura, apostillas que la guíen, márgenes que inviten al comentario, destacadas cursivas que den énfasis; cortos párrafos espaciados que presenten ímpetu de formación militar a los argumentos, composición estridente, artificiosa, de la propaganda interesada; redondo ritmo regular de los renglones del soneto, ágil y aliada sucesión de los versos del romance; severa arquitectura de las leyes que lo sean de veras, fofa composición empastelada de aburrido material oficioso; noble tipo de doce, recortado y firme en limpia y clara formación para imprimir principios. Todo un difícil conjunto de recursos expresivos, y un nuevo “*metier*”, un nuevo “oficio” duro y completo que dominar para el artista nuevo.

Y hay, como para la pintura o para la herrería en los siglos luminosos de la Edad Media, el taller de este arte. Como hay, también, la fábrica. La diferencia es obvia. En el taller se crea; en la fábrica se produce, se reproduce; en el taller importa sobre todo la cooperación humana, el pensamiento, el amor, el esfuerzo del hombre, en la fábrica, la acumulación de máquinas y el monto del capital fijo invertido. En la fábrica interesa el costo y el motor esencial es la ganancia, en el taller interesan la obra y el limpio cumplimiento del destino.

“La Nación”, por ejemplo, no se fabrica. Es obra de taller. No es sudoroso esfuerzo rutinario en acelerado y ciego ritmo de máquinas. Es gozoso empeño de selección orientada, finalista. No producción, reproducción en serie para dar un producto *standard*, sino jubiloso trabajo para un fin libremente escogido y

aceptado. Así es en cuanto al pensamiento. Así, también, en cuanto a la formación material.

Los hermanos Aguilar cuidan de ésta. No tienen fábrica de impresiones; tienen un taller tipográfico. No son empresarios anónimos; son los hijos de don Juan Aguilar y Vera que empezó a trabajar en la imprenta el 2 de enero de 1875, siguiendo los pasos de su padre, don José María Aguilar Ortiz, también impresor, en cuyo taller se editaron los catecismos del Padre Ripalda y los silabarios de San Miguel que han hecho más por la cultura de México y por sus esencias espirituales –lo decía el maestro Caso hace muchos años– que todas las falsificaciones pedagógicas del cientificismo. Imprimen los hermanos Aguilar, todavía afortunadamente, bajo la mirada alentadora de don Juan. Y lo esencial de su taller no son los linotipos ni las prensas –muy lejos de los últimos modelos aero-dinámicos–, sino los linotipistas, y los formadores, y los prensistas, y las dobladoras y las cosedoras, personas humanas, para quienes las máquinas son instrumento cuidado y aún amado; pero siempre instrumento nada más, sujeto a su voluntad, complemento de su persona, objeto de su señorío. Taller de hombres arraigados a su oficio por generaciones, ricos de tradición vitalmente normativa; no costoso equipo mecánico ni fortuita reunión de unidades sueltas de “la masa” humana, sujetas a la obligación de producir sin alma al por mayor, para la sola ganancia, para el capricho de una burocracia degradada, resumen del Estado-patrón de cualquiera de los totalitarismos.

Así pueden soñarse los talleres del futuro. Aun los de la producción en masa, cuando lo producido tenga verdadera categoría humana por satisfacer de verdad necesidades del hombre y por ser realmente accesible a todos los hombres; cuando no se produzca para servir a las máquinas ni los productores queden a ellas sujetos, sino que las máquinas sirvan al hombre aliviando su esfuerzo o multiplicando su capacidad creadora; cuando empresarios responsables, en fecunda relación humana con técnicos y trabajadores, produzcan no a causa de la ganancia sino en razón de la obra, para cumplir felizmente el gozoso imperativo interior del trabajo y darle el rico sentido principal de servir al hombre. 

[Colofón:] *Nobleza de la tipografía*, en edición no venal para los amigos y amigas del Centro Cultural Manuel Gómez Morín y de Verdehalago, se terminó de imprimir y encuadernar el día 25 de agosto del año 2000. La edición consta de 99 ejemplares numerados.

Manuel Gómez Morin

*Para Adolfo
con el agradecimiento
carino y respeto.
— me*

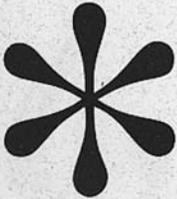
Nobleza de la tipografía



Pocos trabajos tienen mayor ni más atractiva nobleza que el de la tipografía. En él concurren, borrando y superando sus aspectos mecánicos —bien interesantes por cierto—, el sentido artístico que va de la selección del tipo a la formación de la página del periódico, del cartel, del libro, y además, el interés intelectual del pensamiento que difícilmente se hace expresar por la palabra y que exige esta acertada conjunción de tipo adecuado, de capitulares, de altas y bajas, de blancas y negritas, de espacios cuidados, de bella composición, en suma, para acercarse un poco más a su objetivo.

Ni ha faltado quien, desesperado por el choque contra las dificultades de la expresión, haya pensado seriamente en superarlas o hacerlas menores con el uso de formas de composición adecuadas. La tipografía, por esa puerta, entraría de lleno, ya no como auxiliar, al mundo de las artes substantivas. Y ¿por qué no?

Páginas grises, pálidas, informes, con la densidad diluida de un pensamiento sin simas y sin cumbres. Altas capitulares, guardianes de una prosa noble y levantada. Párrafos cortados, jadeantes, de un pensamiento atormentado. Ancho y fácil tipo



redondo, generoso, de los libros de primeras letras. Tipo menudo del comentario sabroso, interrumpido por las negritas que acentúen la maliciosa intención. Amplias interlíneas que obliguen a buscar lo no escrito del pensamiento que expresan. El grito, en rojo, de la imprecación o del apóstrofe. Cabezas incitantes a la lectura, apostillas que la guíen, márgenes que inviten al comentario, destacadas cursivas que den énfasis; cortos párrafos espaciados que presenten ímpetu de formación militar a los argumentos, composición estridente, artificiosa, de la propaganda interesada; redondo ritmo regular de los renglones del soneto, ágil y aliada sucesión de los versos del romance; severa arquitectura de las leyes que lo sean de veras, fofa composición empastelada de aburrido material oficioso; noble tipo de doce, recortado y firme en limpia y clara formación para imprimir principios. Todo un difícil conjunto de recursos expresivos, y un nuevo “metier”, un nuevo “oficio” duro y completo que dominar para el artista nuevo.

Y hay, como para la pintura o para la herrería en los siglos luminosos de la Edad Media, el taller de este arte. Como hay, también, la fábrica. La diferencia es obvia. En el taller se crea;



en la fábrica se produce, se reproduce; en el taller importa sobre todo la cooperación humana, el pensamiento, el amor, el esfuerzo del hombre, en la fábrica, la acumulación de máquinas y el monto del capital fijo invertido. En la fábrica interesa el costo y el motor esencial es la ganancia, en el taller interesan la obra y el limpio cumplimiento del destino.

“La Nación”, por ejemplo, no se fábrica. Es obra de taller. No es sudoroso esfuerzo rutinario en acelerado y ciego ritmo de máquinas. Es gozoso empeño de selección orientada, finalista. No producción, reproducción en serie para dar un producto *standard*, sino jubiloso trabajo para un fin libremente escogido y aceptado. Así es en cuanto al pensamiento. Así, también, en cuanto a la formación material.

Los hermanos Aguilar cuidan de ésta. No tienen fábrica de impresiones; tienen un taller tipográfico. No son empresarios anónimos; son los hijos de don Juan Aguilar y Vera que empezó a trabajar en la imprenta el 2 de enero de 1875, siguiendo los pasos de su padre, don José María Aguilar Ortiz, también impresor, en cuyo taller se editaron los catecismos del Padre Ripalda y los silabarios de San Miguel que han hecho

más por la cultura de México y por sus esencias espirituales —lo decía el maestro Caso hace muchos años— que todas las falsificaciones pedagógicas del cientificismo. Imprimen los hermanos Aguilar, todavía afortunadamente, bajo la mirada alentadora de don Juan. Y lo esencial de su taller no son los linotipos ni las prensas —muy lejos de los últimos modelos aero-dinámicos—, sino los linotipistas, y los formadores, y los prensistas, y las dobladoras y las cosedoras, personas humanas, para quienes las máquinas son instrumento cuidado y aún amado; pero siempre instrumento nada más, sujeto a su voluntad, complemento de su persona, objeto de su señorío. Taller de hombres arraigados a su oficio por generaciones, ricos de tradición vitalmente normativa; no costoso equipo mecánico ni fortuita reunión de unidades sueltas de “la masa” humana, sujetas a la obligación de producir sin alma al por mayor, para la sola ganancia, para el capricho de una burocracia degradada, resumen del Estado-patrón de cualquiera de los totalitarismos.

Así pueden soñarse los talleres del futuro. Aun los de la producción en masa, cuando lo producido tenga verdadera

v

””

categoría humana por satisfacer de verdad necesidades del hombre y por ser realmente accesible a todos los hombres; cuando no se produzca para servir a las máquinas ni los productores queden a ellas sujetos, sino que las máquinas sirvan al hombre aliviando su esfuerzo o multiplicando su capacidad creadora; cuando empresarios responsables, en fecunda relación humana con técnicos y trabajadores, produzcan no a causa de la ganancia sino en razón de la obra, para cumplir felizmente el gozoso imperativo interior del trabajo y darle el rico sentido principal de servir al hombre.

%

vi

Ejemplar N° 49
— M. Gómez Morín

Nobleza de la tipografía, en edición no venal para los amigos y amigas del Centro Cultural Manuel Gómez Morín y de Verdehalgo, se terminó de imprimir y encuadernar el día 25 de agosto del año 2000. La edición consta de 99 ejemplares numerados.